

Con la colaboración de
UNIVERSIDAD PONTIFICIA
DE SALAMANCA

SUPLEMENTO
Vida Nueva

SE1179474

EDITORIAL

Mujeres latinoamericanas

«La Iglesia católica, siguiendo el ejemplo de Jesús debe estar muy libre de prejuicios, de los estereotipos y de las discriminaciones sufridas por las mujeres. Las comunidades cristianas deben realizar una seria revisión de vida para una conversión pastoral capaz de pedir perdón por todas las situaciones en las cuales han sido, y todavía son, cómplices de atentados a la dignidad». A partir de esta reflexión, la Asamblea Plenaria de la Pontificia Comisión para América Latina, guiada por el cardenal Marc Ouellet, elaboró en el Vaticano, del 6 al 9 de marzo, una serie de recomendaciones pastorales, proponiendo «seriamente la cuestión de un Sínodo de la Iglesia universal sobre el tema de la mujer» sobre la estela del de la familia y los jóvenes.

En el centro de la declaración, en catorce puntos, emerge una mirada teológica sobre la grandeza de la dignidad y de las vocaciones femeninas en coherencia con la Revelación, que el mismo cardenal Ouellet profundiza en la entrevista de la socióloga María Lía Zervino. Los textos presentados en este número recorren las dificultades, las esperanzas y las expectativas de las mujeres latinoamericanas en la Iglesia de hoy, con un abanico de voces que implican a laicas y religiosas trabajadoras en las instituciones eclesíásticas. Porque, como sostiene sor Mercedes Leticia Casas Sánchez, mexicana comprometida con los inmigrantes a lo largo de la frontera con Estados Unidos, «siguiendo una tradición centenaria, en la región la fe se transmite en línea femenina».

En todos los artículos, el criterio es el del paradigma de la reciprocidad como clave de lectura para percibir la relación entre lo femenino y lo masculino, privilegiando la lógica «del junto a» y de la «relación». La teóloga brasileña Maria Clara Bingemer sostiene que «junto y más allá del modelo tradicional de la parroquia», donde los servicios estaban demasiado concentrados en las manos del sacerdote, la Iglesia en Brasil ha adoptado, en muchas de sus diócesis, el modelo de las comunidades eclesiales de base, elección que ha permitido a muchas mujeres ejercitar la coordinación y las dotes directivas y organizativas. Para la historiadora María Luisa Aspe Armella «las mujeres son el mejor rostro de la Iglesia en México y en toda América» en cuanto que «nosotras no somos parte de la estructura de la Iglesia, somos la infraestructura». Y la infraestructura es lo que no se ve pero que sostiene toda la construcción. (*Silvina Pérez*)



Rufino Tamayo
«Mujeres alcanzando
la luna» (1946)

DONNE CHIESA MONDO

Suplemento mensual
dirigido por LUCETTA SCARAFFIA

En redacción
GIULIA GALEOTTI
SILVINA PÉREZ

Consejo de redacción

CATHERINE AUBIN
MARIELLA BALDUZZI
ELENA BUIA RUTT
ANNA FOA
MARIE-LUCILE KUBACKI
RITA MBOSHU KONGO
MARGHERITA PELAJA

Esta edición especial
en castellano
(traducción de Rocío LANCHO)
se distribuye de forma conjunta
con VIDA NUEVA y no se
venderá por separado

www.osservatoreromano.va

DE MARÍA LÍA ZERVINO

El cardenal Ouellet, discípulo del gran teólogo suizo Hans Urs von Balthasar, siempre ha sido sensible a la cuestión femenina en la Iglesia gracias a su cercanía a una mística: Adrienne von Speyr.

La Reunión Plenaria de la CAL, que tuvo lugar en Roma del 6 al 9 de marzo, desarrolló el tema “La mujer, pilar en la edificación de la Iglesia y de la sociedad en América Latina”. Fue el Santo Padre quien asignó esa temática a la CAL, ¿cuáles piensa usted que fueron los motivos de esa elección por parte del Papa? ¿El machismo clerical que Su Santidad ha puesto en evidencia más de una vez? ¿O quizá los reflectores de la conciencia social focalizados en la mujer en la Iglesia?

El Papa no dudó ni diez segundos cuando le presentamos dos temas, lo escogió inmediatamente. Él es muy sensible a la situación general de las mujeres: tantas situaciones de falta de reconocimiento, de maltrato, de soledad, la trata de personas. Por otra parte, el documento de Aparecida señala la irresponsabilidad de los hombres, la ausencia de padres, la libertad sexual – en la mentalidad y en la cultura – que se permiten a ellos mismos, pero no a las mujeres. Se trata de toda una cultura machista que hay que cuestionar y que tiene también sus reflejos en la Iglesia misma, en la mentalidad clerical, en el desprecio a las mujeres, en lo que pueden o no hacer. Me parece que todo esto ha influido en la decisión del Papa.

Excepcionalmente, en esa Asamblea Plenaria se invitó a participar a unas 15 personalidades femeninas de América Latina, con diferentes responsabilidades sociales y eclesiales, junto a los miembros y consejeros de la CAL que son cardenales y obispos, y al secretario a cargo de la Vicepresidencia, el Dr. Guzmán Carriquiry, el laico con mayor responsabilidad y trayectoria dentro de la Curia Romana. ¿Qué tipo de diálogo se estableció entre las mujeres y los prelados? ¿Cuál fue el clima que se creó en ese encuentro en el que unas y otros tuvieron la palabra?

Evidentemente este tema no se podía tratar sin la presencia de mujeres. Un número significativo de personas preparadas, mujeres de diversas capacidades y competencias. El diálogo que se desarrolló fue entre pares, en el análisis sociológico, histórico y también pastoral. Las contribuciones de las mujeres fueron de un valor igual o mayor que las de los prelados. Fue un acierto el modo en el que logramos compartir los temas, en un clima cordialísimo y constructivo, de auténtica escucha mutua, de franqueza y al mismo tiempo de debate con respeto. Fue muy bello.



Cuando sopla el Espíritu...

El presidente de la Pontificia Comisión para América Latina admite que “hemos enterrado el talento de la mujer”

Para mí, este ejercicio de tres o cuatro días fue una toma de conciencia. Debo confesar que el evento me cambió en profundidad en cuanto a mis convicciones sobre este tema. Lo conecté con la cultura de mi país, Canadá, donde la paridad hombre-mujer es casi un “dogma”. Yo tenía en mi propia experiencia un factor cultural positivo, pero no del todo integrado. Me faltaba la profundización propia del intercambio que tuvimos. El diálogo auténtico nos cambia. Sentí la presencia del Espíritu. Esa es la clave.

Desde 2013, en que el Papa en su vuelo de regreso de Río de Janeiro, en la primera conferencia de prensa de su pontificado, dijo que se necesitaba una profunda teología de la mujer para discernir cómo la mujer se ha de insertar en la toma de decisiones importantes en la Iglesia – dado que no puede limitarse a ser “monaguilla, presidente de Cáritas o catequista”, este requerimiento viene repitiéndose. ¿Cree usted que ahora existe una reflexión teológica sobre las mujeres? ¿Podría usted explicar sencillamente su pensamiento teológico sobre este tema?

El Papa es incisivo al identificar dónde hay que profundizar la reflexión. Hay una teología que se está haciendo. Se aprecia en las Actas del Simposio sobre el Rol de las Mujeres en la Iglesia, organizado por la Congregación para la Doctrina de la Fe en 2016. Se necesita recuperar la teología profunda de Hildegarda, Gertrudis, Matilde, Edith Stein y las doctoras de la Iglesia. Se requiere desarrollar una teología con fuerte capacidad racional, de diálogo con la cultura, con las filosofías actuales, pero también la teología contemplativa, la de María y de los Padres de la Iglesia.

En la Plenaria mi tema fue la mujer a la luz de la Santísima Trinidad y de la Iglesia. Mis antecedentes son un conocimiento profundo de la teología de von Balthasar y Adrienne von Speyr. Ella es una teóloga carismática con el carisma de profecía. Reflexionando sobre el misterio de la Trinidad y a la luz de la antropología teológica, la exégesis nos dice que la imagen de Dios es la relación hombre y mujer. Hay una raíz de la diferencia sexual o de género en Dios mismo, en la distinción de las Personas y en el modo como se relacionan. Entonces, hay en Dios un arquetipo de la mujer. Para mí fue una iluminación: el reflujo del Espíritu Santo sobre la relación entre el Padre y el Hijo que me llevó a decir que en Dios hay amor paterno, amor filial y hay amor nupcial. Amor materno como consecuencia del nupcial. Y luego, en el plan de salvación: el Espíritu Santo y la mujer están íntimamente relacionados para que el Verbo se haga carne. Todo eso me confirmó que el papel del Espíritu Santo en la Trinidad se puede describir como amor nupcial. La dignidad de la mujer me pareció mucho más clara desde esta fundamentación trinitaria, porque si se afirma que hay arquetipo de la diferencia hombre-mujer en Dios, hay arquetipo de la mujer en Dios.

Quiénes tuvimos el privilegio, como mujeres latinoamericanas, de participar de ese extraordinario encuentro de la CAL, fuimos enriquecidas por los cardenales, los obispos y el secretario. Y nos conmovió la capacidad de escucha de nuestros interlocutores, por el respeto y la libertad, y por el trabajo colaborativo en el que se palpaba la acción del Espíritu Santo. También expusimos sobre familia, educación y catequesis, política, economía y trabajo, compromiso solidario de las religiosas y protagonismo de las mujeres en la historia latinoamericana entre otros temas. ¿En qué medida y cómo sirvieron al debate esas intervenciones?

Cuando se trata el tema mujer salen a flote muchas cosas relegadas, reprimidas, valores... por eso el primer fruto es el tema mismo, que es generador de vida.

Además, la importancia de la educación como hecho histórico y como desarrollo contemporáneo, las mujeres fueron relegadas en el acceso a la enseñanza. Me da vergüenza. Debe haber gente competente y si la hay, debe participar más en las decisiones en todos los niveles y dicasterios. Me viene la imagen de la parábola de los talentos: el talento de las mujeres lo hemos enterrado. Y no por culpa de “ellas” sino de “ellos”.

Fue fuerte la dimensión testimonial, junto a las intervenciones. ¡El testimonio de la Hna. Mercedes Casas

sobre la vida consagrada! ¡Qué hermosura! Sencillo, descriptivo, hecho en modo muy femenino. Me marcó. *Providencialmente, una de las fechas en que se realizó la Asamblea de la CAL coincidió con el Día de la Mujer, 8 de marzo. Esa mañana hubo un hecho trascendente y conmovedor, una experiencia vital que quedó grabada a fuego en el interior de cada participante: el Señor Cardenal, presidente de la CAL, en nombre propio, pidió perdón a las mujeres. ¿Qué le llevó a manifestarse de ese modo?*

Me nació mientras se acercaba el Día de la Mujer y lo hice en primera persona sin implicar a los otros, si bien también para ellos tenía sentido. Pensé en mis limitaciones, en errores del pasado, en mi pequeño mundo personal y en todo lo que habíamos evocado en los días anteriores sobre la situación concreta de las mujeres, los maltratos, la violencia, la trata, los feminicidios, el desprecio, la violencia familiar... con ese cuadro y queriendo ese día hacer gestos sencillos de reconocimiento, lo hice espontáneamente como hombre frente a esas mujeres. Así fue: me sentí conmovido, avergonzado, sinceramente arrepentido por los pecados de los hombres respecto de las mujeres. Fue un gesto simbólico. Está en el espíritu del Papa Francisco.

El broche de oro de la “Plenaria” de la CAL fue la audiencia con el Santo Padre. Entre las conclusiones del encuentro latinoamericano usted planteó la cuestión de un Sínodo de la Iglesia universal sobre el tema de la Mujer en la vida y la misión de la Iglesia. ¿Le parece que sería posible pensar un sínodo, no sólo con la metodología que hoy en día se pone en práctica en los encuentros sinodales, sino con una nueva modalidad, precisamente la que se implementó en la Asamblea de la CAL, en la cual se escuchó tanto a hombres como a mujeres?

Evidentemente el tema mujer obliga a una participación de mujeres. Quizás habría que variar la moda-

Manifestación
contra los
feminicidios

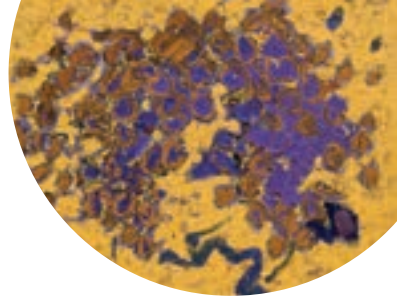


«Homenaje a la
mujer» murales
Caldera





Vid y ramas que dan fruto



lidad de los sínodos. Puede haber sínodos con participación de obispos y sínodos más eclesiales con laicos y religiosos, con significativo número de mujeres, para todos los temas. Pero el tema de la mujer no se puede postergar. Está entre las urgencias de la Iglesia. América Latina ha sido un catalizador que vale para todas las culturas, para levantar un poco la postración que viven las mujeres en la humanidad. La Virgen María es lo máximo que podemos pensar para un ser humano. La experiencia totalmente positiva de este intercambio en la CAL cambiaría la metodología para el futuro. No debemos postergar el tema porque el tema nos va a dar lo que nos dio la Plenaria: fue sinodal y nos llevó a un punto de comunión. El Espíritu Santo nos lleva en esta dirección.

Marc Ouellet



El Cardenal Marc Ouellet, Prefecto de la Congregación para los Obispos, quien todos los sábados se reúne con el Papa Francisco para tratar delicados temas como los nombramientos y problemáticas episcopales, es también el Presidente de la Pontificia Comisión para América Latina (CAL). Esta Comisión, fue creada por Pío XII, en 1958, en unión y bajo la tutela de la Congregación para los Obispos. La CAL trabaja en armonía y coordinación con el CELAM, el Consejo Episcopal para América Latina y el Caribe. El Cardenal, misionero de San Sulpicio de origen, habla perfectamente español por su estancia en Colombia y sus años como profesor allí. Se ha desempeñado, entre otras altas responsabilidades eclesiales, como secretario del Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos, ha sido primado de Canadá y desde hace cinco años vive en Roma, al servicio de la Curia Romana.

JUAN 15, 1-8

Después del lavatorio de pies, después de los discursos de despedida, después de que Judas se ha ido, después del mandamiento nuevo, Jesús por última vez revela quién es; por última vez usa la fórmula «yo soy». La ha ya usado muchas veces. Ha dicho «yo soy el pan», «la luz del mundo», «la puerta», «el pastor», «el camino» (Juan 6, 35; 8, 12; 10, 7.9.11; 14, 6). Ahora añade: «yo soy la verdadera vid» (Juan 15, 1). El profeta Oseas había comparado Israel a una vid frondosa que producía fruto en abundancia (cfr. Oseas 10, 1); el profeta Isaías había cantado al amor de Dios por esta viña, una viña que él mismo ha cultivado, cuidado, liberado de las piedras, azado, podado, pero en cambio ¿qué fruto había recogido? ¡Ninguno! El viticultor esperaba la uva, la viña no ha respondido a los cuidados prestados, ha dado «agraz» (cfr. Isaías 5, 1-5). La vid no ha dado fruto. Jesús declara: «Yo soy la verdadera vid», es decir la vid que no se ha asilvado, que da fruto abundante. Él es la vid amada y cuidada por el Padre, Israel fiel que responde a los dones de Dios.

Jesús es la vida, los que creen en él son ramas. El Padre reserva cada uno de sus cuidados sobre la vid y sus ramas. Para que la vid de frutos es necesario cortar los ramos estériles, inútiles, y es necesario podar los otros. Y esto el Padre lo hace sobre todo a

través de su palabra que «es viva y eficaz, y más cortante que cualquier espada de doble filo: ella penetra hasta la raíz del alma y del espíritu, de las articulaciones y de la médula, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón» (Hebreos 4, 12). La palabra de Dios nos poda, nos trabaja. Jesús se ha dejado podar por la palabra escuchada, rezada, vivida, se ha dejado podar por los otros hombres, por los eventos, hasta perder la vida por amor y dar como fruto la resurrección, la salvación de todos los hombres. ¡Cuántas cosas han dicho de él! Le han acusado de estar endemoniado, de transgredir la Ley, de blasfemar a Dios; y sus discípulos, los que estaban cerca de Él y compartían su vida, a menudo no le entendían, malinterpretaban sus palabras, buscaban los primeros lugares; uno de ellos le ha traicionado, los otros escaparon. Se dice que la vid llora cuando es podada; las podas hacen sufrir, pero si las vivimos en la fe y en el abandono en el Señor vemos no solo las podas sino también el fruto, un fruto que a veces está escondido, a veces ya visible. Nos sucede, a veces, cuando rezamos, escuchar sentir una paz profunda dentro de nosotros; nos sucede, a veces, en el sufrimiento, escuchar que no estamos solos, percibir que el Señor sostiene nuestra voluntad de amar. Y

entonces poco a poco el deseo del Señor se hace nuestro, nuestra petición de dar fruto, de vivir una vida detrás de Jesús dando fruto de paz, paciencia, caridad, es concedida, y nosotros empezamos a convertirnos en discípulos. «Si permanecéis en mi palabra, seréis de verdad discípulos míos» (Juan 8, 31), dijo Jesús. Para dar fruto es necesario permanecer, es decir adherirse fielmente al Señor, a su palabra. Quedarse, permanecer, perseverar: son imágenes extrañas a nuestro mundo en el que se hacen las cosas por un momento, por un momento hasta que dura el placer, hasta que hay novedad, hasta que se tiene un cierto éxito. En la palabra del sembrador para indicar a los que ante la primera dificultad se rinden, se dice que son próskairoi, es decir que viven en el momento (cfr. Marco 4, 17). En este momento quiero hacer una cosa, en otro momento ya no me gusta; la regla de mi vida es el placer inmediato, momentáneo. El cristiano sin embargo permanece en el Señor, cualquier cosa que haga, piense, diga, de día o de noche está con su Señor, porque sabe que sin Él su vida no tiene sentido. «Sin mí no podéis hacer nada» (Juan 15, 5). ¡No hagamos el cristiano por horas, al momento, aceptando un servicio solo hasta que nos guste o tengamos el consenso de los otros! vivimos en Cristo, haciendo todo con Cristo, por Cristo, en Cristo.

Pilares en la edificación de la Iglesia

Indispensables a pie de obra, están ausentes en las tareas de gobierno

DE ALEJANDRA KEEN VON WUTHENAU

En las últimas décadas de la historia de América Latina, el pueblo ha elegido a mujeres para gobernar en Argentina, Brasil, Chile, Costa Rica, Nicaragua y Panamá. Si incluimos a las que asumieron gobiernos interinos, habría que añadir a Jamaica, Trinidad y Tobago, Bolivia y Guyana. Diez naciones gobernadas por mujeres.

En el año 2014 había seis mujeres como presidentas, y Latinoamérica era la región del mundo con el mayor porcentaje de gobernantes femeninas (17%). Sin entrar a valorar sus gobiernos, quisiera enfatizar que los electores las consideran igualmente capaces y formadas para asumir el gobierno de una nación como lo están los hombres.

La misma tendencia se observa en el sector privado. El aporte femenino da un impulso positivo a la toma de decisiones, tanto en el ámbito público como en el privado. Además, en el campo de la educación, actualmente a nivel mundial, se constata que en el 64% de los países las mujeres son mayoría en la población estudiantil, indicando que estarán cada vez más capacitadas para hacer aportaciones cualificadas en el ámbito profesional.

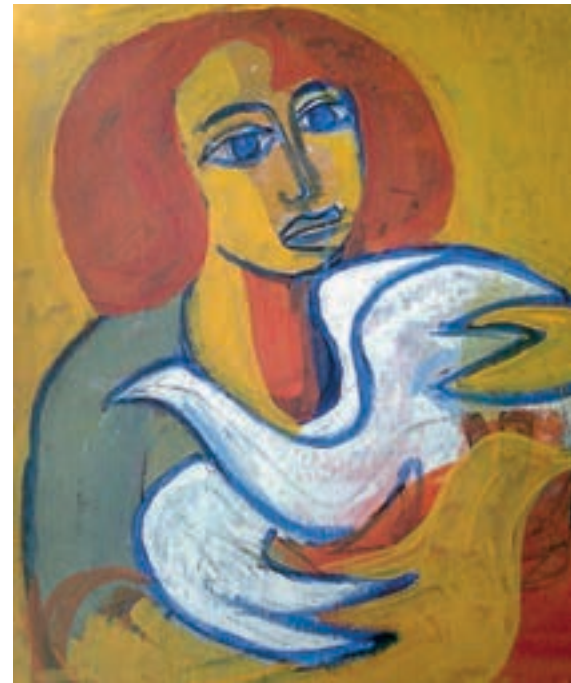
En la Iglesia, en cambio, hemos de reconocer la ausencia de la mujer en las instancias donde se toman las decisiones de alto nivel. Esto produce desconcierto dentro de la Iglesia, pero especialmente fuera.

En muchos otros aspectos de la vida y sociedad actuales, la Iglesia es profética, defendiendo valores que vislumbra antes que otros en su trascendencia para el presente y futuro de la humanidad y es francamente contracultural. Pero en este caso concreto, no es así.

Este desfase no se debe a una falta de claridad conceptual. En efecto, la preocupación por la situación de la mujer en la Iglesia está muy presente en el magisterio reciente, desde el Concilio Vaticano II.

No falta claridad conceptual ni en el Magisterio universal, ni en el latinoamericano. Pero a la vez, la realidad indica que esas recomendaciones no se han puesto en práctica. Creo que merece la pena que nos preguntemos el porqué de esta paradoja. Una posible explicación señala como causa el hecho de que muchos pastores aún no han experimentado de forma práctica las bondades que el aporte del genio femenino puede dar a la misión, y desconocen sus beneficios o sencillamente no saben cómo poner las recomendaciones en práctica. Se le añade otra explicación, las fuertes resistencias culturales (machismo) e internas (clericalismo), que representan obstáculos enormes para introducir cambios en este campo.

Cualquiera que sea la causa, deseo compartirles que se percibe una creciente desazón entre muchas “hijas



Adolfo Pérez Esquivel «Paloma»

de la Iglesia”, que participan activamente en la misión. Han escuchado muchas veces las palabras reiterativas y sin ambigüedad alguna, pronunciadas por el Vicario de Cristo y por los pastores, pero al constatar la falta de cambio, la esperanza se torna en desilusión.

Sería triste que, justificándose con diversas sinrazones, la Iglesia mantenga de modo indeterminado la situación presente. Más aún porque el Código de Derecho Canónico, da posibilidad a que la mujer coopere en el ejercicio de la potestad de régimen, en sus diversas funciones: legislativas, ejecutivas y judiciales.

El Papa Francisco dice que en este trabajo en común no debe haber ni subordinación ni paridad, sino reciprocidad, ya que las mujeres ven desde ojos diversos la realidad. No vaya a ser que la Iglesia, en la toma de decisiones, sea una institución que niegue en la práctica la complementariedad femenina, cuando la defiende teóricamente, y acabe por privarse de ella.

El tiempo transcurrido y la experiencia acumulada muestran que esta contradicción entre lo que se dice y lo que se hace no se superará por sí sola. Es preciso ponerse a la escucha del Espíritu Santo, que es quien abre vías inesperadas y sorprende con nuevas posibilidades y soluciones, para el bien de la Iglesia.

Como todo lo grande, también esta transformación comenzará con pocos cambios.

Sería hermoso, verdaderamente un aporte significativo y en beneficio de la Iglesia Universal que de la Iglesia en América Latina surgieran iniciativas de participación de la mujer en el gobierno eclesial

No debe haber ni subordinación ni paridad: reciprocidad

Para cambiar el mundo

La vocación de la mujer no se realiza solo en su función familiar y social, sino, sobre todo, en su función humanizadora en el campo de la cultura

DE MARÍA LUISA ASPE ARMELLA

Hace muchos años, después de dictar una conferencia en un foro eclesial, se me acercó un obispo emérito para felicitarme diciendo: «Qué sorpresa me he llevado de conocer a una mujer inteligente». Con trabajo atiné a responderle «Monseñor, la sorpresa es toda mía al saber que soy la primera que conoce en su vida». Lo traté esporádicamente hasta su muerte. Ese primer encuentro con un pastor amable y de indudable buena fe, me sembró la duda del tipo de formación que recibían los sacerdotes para tener tal visión del mundo.

La costumbre, la interiorización de la lógica práctica del machismo, se gesta en el seminario, el espacio de socialización de los sacerdotes, donde aprenden a valorar o a no hacerlo: ese mundo aparte, constituido sólo por hombres, con la excepción de las mujeres – religiosas casi siempre – que cocinan, limpian y lavan la ropa para ellos...

¿Por qué no considerar como costumbre y no excepcionalmente a mujeres entre sus docentes para que los jóvenes seminaristas, futuros sacerdotes, puedan desarrollar una relación normal con las mujeres, caracterizada por la confianza, el respeto, el espíritu de colaboración en una misma Iglesia?

En América Latina la religiosidad del pueblo creyente no ha desaparecido, la Iglesia católica sigue gozando de credibilidad y confianza (de capital simbólico), dentro y fuera de sus fronteras. No tanto así de capital interpersonal, con (la excepción es Chile), según lo revela el estudio de Latinobarómetro de principios de febrero. Si desmenuzamos más la información que se ofrece, vemos que la misión social de la Iglesia está al alza (en buena medida debido a la figura y al Magisterio del Papa Francisco) y la transmisión de la Palabra, en descenso. Esto nos lleva a afirmar que el nuevo horizonte sociocultural privilegia los carismas vivos y la experiencia sobre el discurso; los testigos sobre los maestros.

El compromiso social no es constitutivo de la fe de la mayoría de los católicos latinoamericanos (Paraguay y México, naciones con el mayor porcentaje de población católica se encuentran entre las más bajas en compromiso social, lo que nos debería hacer pensar...). Uruguay, Brasil, Argentina, El Salvador, por ejemplo, mucho más.

Algo que ya había reflejado la encuesta «Creer en México» (Imdosoc, 2013), la valoración de las religiosas por encima de otro agente religioso y del laicado en la Iglesia, se confirma en los nuevos estudios de medición. Son ellas las mejor evaluadas por su compromiso con la gente, su trato horizontal, su capacidad de trabajo y su espíritu de servicio y su aguante frente a una estructura clerical adversa y a condiciones laborales precarias. Sabemos que como vida consagrada han asumido libremente la opción de menores de edad en la Iglesia y en el mundo, lo que no implica ni justifica que su trabajo no sea valorado como debiera y que a menudo se invisibilice su contribución social y a la Iglesia. Su compromiso con apostolados de frontera es notable: migrantes, prostitutas, personas en situación vulnerable, enfermos de sida, de-

rechos humanos, atención a familiares de víctimas de feminicidio y a supervivientes de la trata. Ellas son la mejor cara de la Iglesia en México y en América Latina y en estos tiempos de crisis social y cultural, de crisis de capital interpersonal, son sin duda, el mejor activo con el que cuenta la Iglesia. Entrevisté a una de estas extraordinarias religiosas sobre su lugar en la Iglesia. Con tono sereno me dijo: «Nosotros no somos parte de la estructura de la Iglesia, somos la infraestructura». Me quedé rumiando el significado de sus palabras. La infraestructura es lo que no se ve pero que sostiene toda la construcción.

Siguiendo una tradición centenaria, la fe se transmite por las madres en la región: de madres a hijos o – debido al cambio sociodemográfico experimentado por las sociedades en las últimas décadas – de abuelas a nietos, cuando la madre tiene que salir a buscar el sustento familiar.

En el caso mexicano, por ejemplo, la transmisión de la fe de sacerdotes y obispos equivale a un 7%, no diré lo que esto significa... sirva nada más para enfatizar el peso de la mujer en el relevo generacional del catolicismo. Esto que constituye un bono pastoral importante, va de la mano de una realidad presente en toda la región: entre los 16 y 45 años (corresponde además con la edad fértil de la mujer) hay elementos suficientes para afirmar que las mujeres desobedecen masivamente a la Iglesia en materia de control de la natalidad... Si nos basamos

La costumbre e interiorización de la lógica machista, se gesta en el seminario

en la doctrina a la letra, tendremos que reconocer que más del 50% de las católicas viven en pecado mortal o están, de facto, excomulgadas.

Dentro de este rango de edad – de los 25 a los 35 – se ubica la tendencia de la deserción de la Iglesia. Dicho de otro modo: si la transmisión de la fe se da por la mujer y la madre, también lo hace el abandono de la Iglesia.

Importante me parece puntualizar los motivos que ellas dan para explicar su salida: falta de reconocimiento a su persona y a su trabajo; espacio (físico y simbólico, espacio comunitario. El que les fue negado paulatinamente, a causa tal vez de la transformación de la parroquia en las últimas décadas.

Cabría preguntarnos si las mujeres abandonan la Iglesia, o fue la Institución quién se olvidó de sus hijas.

Podemos apuntar a dos procesos históricos que se dieron en el interior de la Iglesia a la par de la globalización y que incidieron de manera importante en la salida de las mujeres de la Iglesia latinoamericana. El primero, el apoyo decidido que se dio a los movimientos religiosos por encima de la estructura parroquial. Puedo entender las motivaciones de tal decisión jerárquica frente a la radicalización ideológica dentro y fuera de la Iglesia: mientras que sus carismas enriquecieron el patrimonio espiritual de la Iglesia, su fidelidad indiscutible al Magisterio garantizó la disciplina y ortodoxia eclesiales.

La parroquia había derivado en una instancia administrativa que regulaba la impartición de sacramentos y que agendaba con anticipación las ceremonias a petición de los fieles (funerales, aniversarios, graduaciones). Mera ritualidad vacía de sentido y significación profunda.

Una Iglesia en salida como nos propone el papa Francisco tendría que repensar la parroquia, el espacio, los horarios, la pastoral social y sus actividades; la acogida a los más vulnerables... Casa de puertas abiertas que restaure poco a poco el corazón herido de la Iglesia.

Hay que cambiar el mundo porque como está, no es designio de Dios. Y eso sí que lo entendemos las mujeres dentro y fuera de la Iglesia.

Como mujeres estamos llamadas – como pasó en otras épocas importantes de la historia – a desempeñar un papel significativo en el mundo de hoy.

La vocación de la mujer no se realiza sólo en su función familiar y social, sino, sobre todo, en su función humanizadora. Su campo de acción no es tanto la civilización como la cultura. Su alma entera –dice San Macario– se convierte en el ojo que capta y emite luz. Allí reside su misión profética, en cuanto que sus valores traducidos en vida y en cultura, confrontan la civilización actual, su desamor, su vacío, su frialdad. La mujer es integración viviente que puede oponerse a la obra de deshumanización en la que se empeña este siglo.



Antonio Berni
«Jujuy» (1937)

Alfredo Ramos
Martínez
«Cerca de
Ixmiquilpan»
(1933)



Mujeres que no se detienen

DE MERCEDES LETICIA CASAS SÁNCHEZ

Solidaridad se escribe en femenino: el 70% de los trabajos de voluntariado en el mundo lo realizan las mujeres. En nuestras culturas latinoamericanas y caribeñas, en los ambientes más populares y sencillos, es todavía frecuente ver el apoyo mutuo entre las mujeres, entre las vecinas: desde el compartir un poco de comida hasta el ayudarse a cuidar a los niños. Tal vez somos más sensibles a esta solidaridad por la situación de invisibilidad y marginación que se ha vivido dentro de la sociedad durante muchos años.

A lo largo de estos años de servicio como presidenta de la CLAR (Conferencia Latinoamericana y Caribeña de Religiosas y Religiosos) he tenido el privilegio de acompañar a muchas mujeres que, desde su consagración en la vida religiosa, están construyendo el Reino, desde la solidaridad y el cuidado de la casa común.

En América Latina, sobre todo con el acontecimiento del Concilio Vaticano II y de su recepción en la Conferencia Episcopal de Medellín, la vida consagrada femenina se deja cuestionar en lo más profundo de sus raíces, y con generosidad y pasión se deja involucrar en el movimiento del Espíritu que la lleva a buscar caminos de encarnación, a releer sus carismas desde el Evangelio y el carisma fundacional, así como desde los signos de los tiempos.

Las congregaciones femeninas procedentes sobre todo de Europa inician una verdadera transformación. Llegan también religiosas de Estados Unidos, de Irlanda, de Francia, de Canadá, resueltas a vivir con

radicalidad evangélica sus carismas, con presencias que, muchas de ellas hasta el día de hoy, están en medio de realidades marginales y, por lo tanto, proféticas.

Las congregaciones femeninas originarias de Latinoamérica y el Caribe se suman a este movimiento del Espíritu. Creo que no hubo congregación religiosa que no se preguntara en este momento, por dónde había que caminar, cómo habría que responder, y hacia dónde... De aquí surgieron numerosas respuestas, pero todas ellas tratando de responder, desde sus carismas, a este Kairós del Espíritu que vino con el Concilio Vaticano II y con Medellín.

Religiosas que están presentes en los rincones más alejados de la Amazonía, en comunidades pequeñas, sencillas; compartiendo el clima, los trabajos, las carencias de la gente que acompañan y cuidan... Mujeres muy felices y que narran sus vivencias con verdadero gozo y a veces con lágrimas. Mujeres que viven en zonas de riesgo, que les ha tocado cobijar familias, comunidades enteras, cuidando sus vidas exponiendo las suyas muchas veces... Viajando en canoas por los ríos-caminos, permaneciendo ahí de donde todo mundo quiere huir, porque quieren estar, acompañar, cuidar.

Mujeres que desde la educación cuidan el corazón de los niños, de los jóvenes, ayudan a tomar conciencia de la ciudadanía, de que a base de pequeños compromisos, cotidianos, constantes, podemos marcar la diferencia... Mu-

*Comprometidas
con los derechos,
se involucran
en la política
migratoria*

*Los institutos de vida consagrada
son el otro rostro del compromiso*

jes que enseñan en las grandes universidades o en los rincones más pobres, pero desde el mismo lugar teológico, movidas por la compasión solidaria. Mujeres que acompañan a los migrantes en su camino, que junto con otras mujeres cocinan, preparan, y salen al encuentro de los caminos de la muerte, de las “Bestias” que surcan las vías hacia el norte... mujeres samaritanas que se han desplazado a lugares de paso para salir al encuentro del caminante. Junto a las Patronas de Amatlán está una comunidad religiosa acompañando; y en un reciente albergue de migrantes las religiosas reciben diariamente 60, 70 o más personas dándoles una casita donde, como María de Guadalupe, “les muestran todo su amor” dándoles un pan, un techo, pero sobre todo, una escucha atenta a sus historias y sueños. Mujeres que acogen a los deportados, como en Nogales, al norte de México, curando las heridas del desierto, las ampollas del camino, y sobre todo el corazón atravesado por la desesperanza de no haber alcanzado su sueño o por ser obligado a dejar a su familia.

Mujeres que están comprometidas en los derechos humanos, en procesos de justicia y paz e integridad de la creación, que se involucran en cuestionar políticas migratorias, como la Hna. Norma; que hacen oír su palabra y se abren hueco donde aún es difícil entrar, tanto en la sociedad como en nuestra misma Iglesia. Muchas de ellas presentes en la ONU, abogando, día con día, por los pobres y por el cuidado de la creación. Durante una marcha por la paz, en México, a la cual fueron convocadas todas las familias mexicanas, cuando la gente veía a las religiosas incorporándose a

la marcha les decían: «Hermanitas, con ustedes sí nos animamos a salir».

Mujeres que tienen sus comunidades en medio de zonas donde el tráfico humano y la prostitución son muy evidentes, de puertas abiertas para escuchar, para orientar, para cuidar la ecología del espíritu tan devastada por el pecado social y personal. En la calle 22 de Bogotá, hay una comunidad inserta en un barrio de prostitución... recorrí con ellas las calles para saludar a las mujeres que ahí trabajan y me dijeron: míralas siempre a los ojos porque así se sienten tratadas como personas.

Mujeres madres, que no han tenido hijos biológicos, pero sí muchos hijos del alma, que velan sus sueños, que son hermanas, madres.

Mujeres que tratan de formar en la construcción de espacios de vida, que saben y ayudan a otros a sembrar, que cuidan parcelas, que siembran flores que embellecen el ambiente y los espacios que tocan, que reciclan, que re-usan, que generan armonía. El Papa Francisco lo dijo: La mujer es la que pone armonía en la vida.

Muchas de estas mujeres visitan las cárceles, escuchan al preso, visitan sus familias, oran con ellos y les ayudan a hacer procesos de perdón y reconciliación.

La vida consagrada femenina va comprendiendo cada vez más que juntas somos más, y por eso se está comprometiendo a formar redes contra la trata de personas, de justicia y paz, redes en favor del cuidado de la Amazonía; de unión en comunidades intercongregacionales haciendo frente a poblaciones vulneradas por los terremotos, como las comunidades en Haití, o ante los inexplicables incendios; como las comunidades que acaban de nacer en Chile; mujeres que no se detienen porque sean menos que antes, o porque tengan más años que antes, sino que con creatividad buscan su fuerza en la comunión y en la interrelación, confiadas en las maravillas que hace el Espíritu cuando nos vinculamos, cuando actuamos desde la comunión.

Creo que se están generando cambios que están transformando el mundo. Porque «muchacha pequeña, en muchos lugares pequeños, haciendo cosas pequeñas, es capaz de transformar al mundo».



Alfredo
Vilchis
Roque «Las
patronas»
(2000)

Candido
Portinari
«Catequesis»
(1941)



Desde hace cincuenta años se asiste al emerger de la mujer en todos los sectores de la vida social, política y cultural de Brasil, y esto constituye uno de los factores más importantes y relevantes del cambio de su perfil contemporáneo.

También en el campo religioso, las mujeres se están convirtiendo en protagonistas: cerca del 80% de ella son de clase popular, vive en estado de pobreza y está sometida a todo tipo de opresiones. Pero el paso por la experiencia religiosa y eclesial cristiana se ha revelado, para muchas, como una constante y auténtica vía de acceso a la emancipación y la recuperación de su dignidad

humana, constituyendo una posibilidad real y original para acceder y alcanzar una mayor conciencia social y una inclusión en el espacio público, en términos de participación en los sindicatos, en las asociaciones de barrio, en los movimientos populares y en los partidos políticos.

La experiencia y el compromiso religioso de las mujeres de las franjas populares brasileñas, su hacerse cargo de forma masiva y mayoritaria de los diferentes servicios eclesiales, son, muy a menudo, el único espacio concedido para actuar más allá de los confines de la casa y del cuidado de la familia. El hecho de que la Iglesia

en Brasil, en muchas de sus diócesis, haya adoptado el modelo eclesial de las CEB (comunidad eclesial de base), más allá del modelo tradicional de la parroquia, donde los servicios estaban demasiado concentrados en las manos del sacerdote, permitió a muchas mujeres poner en práctica sus capacidades de coordinación y sus dotes directivas y organizativas.

Hoy en la Iglesia hay cada vez más mujeres en la cabeza de las comunidades, agentes de pastoral comprometidas, responsables de un grupo entero de personas, que buscan satisfacer los deseos y articular de la mejor forma posible su acceso a los bienes ofrecidos por la Iglesia.

En el campo de la espiritualidad, la presencia de las mujeres creció de forma considerable. Laicas o religiosas, hoy en Brasil son innumerables las mujeres que se dedican a la predicación de retiros, al acompañamiento espiritual de las personas, a la producción de material que ayuda a organizar de forma positiva la oración y la liturgia en los niveles más variados. Son notables los frutos producidos por estas maestras espirituales, que

Entre los temas importantes para las mujeres que trabajan en la Iglesia en Brasil, sobre todo las teólogas, además del de la identidad de la mujer y todos los argumentos teológicos y bíblicos pensados a partir de la óptica femenina, quisiéramos subrayar otros dos que nos parecen particularmente importantes, controvertidos y delicados – eclesialmente hablando –, en los que el enfoque inicial por parte de las mujeres cristianas ha sido tímido y cauto. Aun así, por su fuerza y centralidad, han conquistado poco a poco fuerza y en los años noventa se han convertido en grandes desafíos para la teología elaborada por las mujeres. Desafíos todavía presentes en este inicio del nuevo siglo.

Se trata del tema de la ética y de la moral relativos a los derechos reproductivos y a la sexualidad. Hay todo un universo a explorar al respecto, universo que ha adquirido nueva forma y nuevos elementos, sobre todo para las teólogas cristianas, con la encíclica del Papa Juan Pablo II *Evangelium vitae*. Ya en los años ochenta, resultaba evidente que el desafío de pensar su corporeidad, sexualidad y fecundidad a la luz

de la Revelación cristiana y en diálogo con el magisterio de la Iglesia era una misión que no podían obviar. Y a ella se han dedicado y continúan dedicándose con valentía y esperanza.

Otro tema está más unido al campo de la eclesiología: la cuestión de los ministerios. Todas las mujeres implicadas en un servicio eclesial sienten cada día en su propia piel la urgencia de una reflexión y una práctica que responda a los deseos del pueblo de Dios al respecto.

En los años ochenta, las mujeres empezaron efectivamente a asumir varios ministerios en las comunidades. En los años noventa continuaron profundizando esta ruta abierta y buscando caminos fecundos, no siempre fáciles, para ampliar el espectro de las conquistas posibles y

prometedoras que habrían permitido cada vez más a la mujer cristiana encontrar un camino en el espacio eclesial, para conseguir pasar del ámbito doméstico al público.

Es a partir de estos puntos centrales y cruciales que vemos delinearse el futuro de la mujer en la Iglesia en Brasil en el tercer milenio ya iniciado. En esta fase innovadora ya inaugurada, hay una realidad cotidiana que no se puede ignorar. Esta realidad es dura, incluso opresora, pero las mujeres están llenas de esperanza y confianza. Para todas, la vida y el mundo no se presenta amenazante o destructivo sino, al contrario, cargado de posibilidades de vivir y de construir algo más grande y mejor de lo que ha sido y han vivido hasta ahora.

En ellas es cada vez más fuerte la conciencia de que la opresión de la que a menudo son víctimas, en casa y en la sociedad, no es la voluntad de Dios. Dios para ellas es alguien sentido positivamente, alguien que quiere transformarlas y que las transforma profundamente, ayudándolas en el difícil y fascinante viaje del ámbito doméstico al público.

El compromiso religioso libera a la mujer

El modelo brasileño de las comunidades de base ha empoderado tanto a laicas como a religiosas

DE MARIA CLARA BINGEMER

ayudan a muchos hombres y mujeres, según la propia percepción femenina de Dios y su experiencia del Espíritu, marcada por la forma femenina de ser.

Hay también teólogas. Después del paso complejo del descubrimiento de sí mismas y del propio papel dentro de la comunidad teológica, un número cada vez mayor de mujeres frecuenta hoy los institutos de teología, cursando titulaciones académicas y ejercitando la enseñanza y la investigación teológica. Su producción teológica está alcanzando un nivel de madurez cada vez más alto, no solo o principalmente sobre el tema de la mujer, sino sobre todos los temas de la teología, examinados y elaborados desde la perspectiva y la óptica femenina.

Mujeres y escritoras, investigadoras e intelectuales de peso, hoy las mujeres teólogas consienten ya decir que la teología en Brasil sería impensable sin su contribución. Si no estuvieran, faltaría una parte importante de la reflexión, un enfoque fundamental a los problemas sobre los que reflexionar, una respiración única que solo ellas pueden dar a los temas tan antiguos, pero siempre actuales, del misterio cristiano.

Anuncio de nuevos tiempos

La figura de Flavia Domitila se presenta como un modelo de heroína de la fe

DE ALDO SCHIAVONE

El autor

Ha enseñado en las Universidades de Bari y de Florencia, y en la Escuela Normal Superior de Pesa. Ha fundado y dirigido el Instituto italiano de Ciencias Humanas. Es miembro de la American Academy of Arts and Sciences y del Institute for Advanced Study de Princeton. Actualmente dirige un proyecto Erc Advanced Grant en la Universidad de Roma La Sapienza. Entre sus libros, traducidos en muchas lenguas: *La storia spezzata*. Roma antica e occidente moderno (Roma, 1996), *Ius. L'invenzione del diritto in Occidente* (Turín, 2005, segunda edición 2017); *Spartaco* (Turín, 2011), *Poncio Pilato. Un enigma tra storia e memoria* (Turín, 2016).

Por el momento reprimida, esta esencial superstición explota de nuevo, no solo en Judea, origen de este mal, sino también en Roma, donde confluye todo lo que haya en el mundo de vergonzoso e insoportable, y encuentra su consagración».

Es Tácito quien escribe así (Anales 15, 44), y está hablando de la primera difusión del cristianismo dentro del imperio, entre los años de Tiberio y los de Nerón. Los romanos eran tolerantes en materia religiosa: su panteón tendía más a la inclusión que a la interdicción. Desde hace tiempo había algo que le molestaba y rechazaba en la febril intransigencia del monoteísmo judío (una nutrida comunidad de este pueblo estaba presente en Roma desde la república tardía): muchos círculos de la capital miraban con preocupación la fascinación de ese culto que parecía ejercitar en los más diferentes ambientes sociales. Y la presencia de la nueva religión de Cristo, condenado a muerte (justamente, para Tácito) por Poncio Pilato, hacía el cuadro todavía más turbio, mientras se multiplicaban habladurías sobre la difusión de prácticas oscuras, que habrían incitado a la insubordinación y a la inmoderación de los vestidos, sobre todo femeninos.

Las grandes familias aristocráticas, no parecían inmunes por esta atracción: Flavio Josefo narra (Antigüedades judías, 18, 81-83) de Fulvia, esposa de una personaje muy destacado, que estaría entre los primeros prosélitos del judaísmo, y terminaría con provocar la reacción del mismo Tiberio, hasta drásticas medidas represivas, culminadas con el exilio de Roma de miles de judíos. Pero todo fue inútil; y decenios más tardes la religión cristiana llegaba a rozar a la misma familia imperial, la gens Flavia: la necesidad de nuevas experiencias interiores – de las que Tácito no conseguía darse cuenta – estaba hundiendo toda barrera cultural y social. Y de nuevo, como en la narración de Flavio Josefo, está en el centro una mujer.

Cuenta Dion Cassio (Historia romana, 67, 14) que «en el mismo año – en 95 – Domiciano hizo matar muchos hombres, y junto a ellos el cónsul Flavio Clemente, aunque fuera su primo, y se casó con Flavia Domitila, una pariente del emperador. Ambos fueron acusados de impiedad, por lo que fueron condenados muchos que se habían desviado del judaísmo, y algunos murieron, mientras que a otros les fueron confiscados sus bienes; Domitila fue sin embargo desterrada a Ventotene»

(episodio recordado también por Suetonio en la Vida de Domiziano, 15 y 17).

Estamos seguros de que la indicación del judaísmo se debe entender, en este contexto, como una referencia al cristianismo. A Flavia Domitila podemos identificarla como una nieta de Vespasiano (nacida de una hija suya, las tres con el mismo nombre), madre a su vez de siete hijos que tuvo con el marido Flavio Clemente, como sabemos de un epígrafe que hoy se conserva en la iglesia de Santos Nereo y Aquileo, en Celio, y que leemos en una restitución ya clásica de Mommsen.

¿Es la misma figura venerada como mártir de la memoria cristiana, e incluida a partir del siglo IX en la lista de santos? No podemos afirmarlo con seguridad.

Eusebio, en la Historia eclesiástica (3, 18) habla de una sobrina (y no mujer) de Flavio Clemente, hija de una hermana suya, condenada «por haber dado testimonio a Cristo», y desterrada por eso en la isla de Ponza (no de Ventotene); y es a esta última que se refiere el Martirologio romano en su breve descripción de la vida de la santa.

¿Existiría por tanto una cuarta Flavia Domitila, más joven que la mujer de Flavio Clemente, también convertida a la fe cristiana, y exiliada en Ponza, en vez de en Ventotene? ¿Poría ser una duplicación, fruto de un error de Eusebio (menos que Dion Cassio)?

Es difícil responder de forma tajante. Pero ciertamente el cristianismo de los orígenes es rico en figuras femeninas exaltadas por la memoria sucesiva como auténticas heroínas de la fe: la presencia de las mujeres en las grandes transformaciones es siempre un anuncio de nuevos tiempos. Sabemos que a Domitila, más probablemente la mujer de Flavio Clemente, le había pertenecido una propiedad de los Flavi – el praedium Domitillae – en cuyo subsuelo fue edificado uno de los primeros y más importantes cementerios cristianos de la capital, las catacumbas de Domitila, en la vía Ardeatina, donde habrían sido sepultados los mártires Nereo y Aquileo: prueba fiable de la continuidad del compromiso cristiano de una familia (o al menos de su parte más significativa) en el centro del imperio, ya en el siglo I.



PABLO Y LAS MUJERES

Las que lucharon por el Evangelio

DE MARTA GARCÍA FERNÁNDEZ

Las epístolas paulinas, al igual que los evangelios y el libro de Hechos, denotan una alta presencia de figuras femeninas que gozan de valoración de la mujer en las sociedades mediterráneas del s. I d.C. Este hecho es para muchos estudiosos una huella de su decisiva importancia en los orígenes del cristianismo. Pues de no ser así, lo lógico es que los primeros escritos cristianos hubieran obviado este dato, ya que su incidencia en la vida de las comunidades y en la misión evangelizadora se presentaba contracultural y criticable a los ojos de los autores paganos importantes.

En los saludos finales y en las recomendaciones particulares de cada epístola, Pablo va poniendo rostro y nombre a este variado mosaico de creyentes que están al servicio de sus respectivas comunidades y al frente de la misión de las mismas. Tal es el caso de Evodia y Síntique en Filipos. A ellas se les dedica al final de la carta un par de versículos: «Ruego a Evodia y a Síntique, tengan un mismo sentir en el Señor. También te ruego a ti, verdadero “compañero” que las ayudes, ya que lucharon por el evangelio a mi lado, lo mismo que Clemente y demás colaboradores, cuyos nombres están en el libro de la vida» (Filipenses 4, 2-3). La escasa información y la parquedad de los datos no permiten hacer grandes elucubraciones ni conjeturas. No obstante, los términos referidos a ellas y puestos en relación ad intra y ad extra de la epístola a los Filipenses pueden arrojar luz sobre estas enigmáticas figuras.

Un primer apelativo que reciben ambas, junto a Clemente y a otros nombrados, es el de synergós («colaborador»). Se trata de un título otorgado en el epistolario paulino indistintamente a hombres y a mujeres con una función de liderazgo, pues con synergós no se suele designar a los creyentes en general. En la carta de los Filipenses son llamados así Evodia, Síntique, Clemente (Filipenses 4, 3) y Epafrodito (Filipenses 2, 25). En otras epístolas reciben este trato Priscila (Romanos 16, 3), Timoteo (Romanos 16,21; 1 Tesalonicenses 3,2), Apolo (1 Corintios 3, 9), Tito (2 Corintios 8,23) y Filemón (Filemón 1).

Aunque el vocabulario paulino emplea para ellas otros apelativos – por ejemplo, para Febe «hermana», «benefactora» y «diaconisa» (Romanos 16,2) –, el término «colaboradora» incide en el hecho de trabajar estrechamente y codo con codo con Pablo en la misión y en la constitución y desarrollo de una determinada comunidad eclesial. Se podría decir que su homólogo veterotestamentario se encuentra en la famosa expresión de Génesis 2, 18: “voy a proporcionarle una ayuda adecuada”. Expresión que, en opinión de algunos estudiosos, no habría que entenderla en línea de procreación o que el hombre ha encontrado su “media naranja” sino extenderla al plano laboral que es la clave del relato de Génesis y comprenderla, en este sentido laboral-vocacional, como complementariedad.

Dicha complementariedad se respira en las comunidades paulinas y en los “equipos misioneros”, como el



que presenta Filipenses 3, 4: Evodia, Síntique, Clemente y otros colaboradores. Probablemente a ellos, o al menos en parte, va dirigida la preciosa y sentida acción de gracias del inicio (Filipenses 1, 3-11) y también a ellos se refiere la denominación inaugural con la que se abre la carta: Pablo y Timoteo, siervos de Cristo Jesús a todos los santos que están en Filipos con los episcopos y diáconos (Filipenses 1, 1). Aunque se trata de una designación inédita en las cartas de autoría paulina, en opinión de muchos exegetas "episcopos" y "diáconos" no tiene aquí el sentido técnico que más adelante alcanzará.

Como observan los estudiosos, aun cuando la postura de Pablo con respecto al papel de la mujer se muestra ambigua en algunos textos (1 Corintios 11,2-16), por lo general en las epístolas propiamente paulinas ellas toman parte activa en la extensión del evangelio y en el liderazgo de las comunidades. Así se pone de manifiesto en algunas parejas de misioneros formados por matrimonios como Priscila y Aquila (1 Corintios 16, 19; Romanos 16, 3-5) o Junia y Andrónico (Romanos 16,7) o, incluso, por dos mujeres como Evodia y Síntique (Filipenses 4,2) y Trifena y Trifosa (Romanos 16,12).

Sin embargo, a medida que avanzan los siglos la tradición postpaulina se muestra más reticente a este hecho. Así queda reflejado en la misma evolución de los "códigos domésticos". Mientras los primeros, que aceptan el orden patriarcal, todavía insisten en la reciprocidad de funciones entre los miembros de una familia (Colosenses 3, 18-4,1; Efesios 5,21-6,9), los de un segundo (1 Pedro 2,18-3,7) y tercer periodo (1 Timoteo 2,9-15; Tito 2, 3-5) solicitan de ellas sumisión y silencio hacia el marido. Es más, se observa cómo a través de medidas disciplinarias se busca restringir su autonomía y limitar su enseñanza en la comunidad relegándolas al ámbito doméstico (1 Timoteo 5, 2-16; 5,13; 2 Timoteo 3,6; Tito 2, 3-5).

Este conato de recorte de sus funciones es testigo y vestigio de otras formas iniciales de proceder, tal como refleja Filipenses y las cartas propiamente paulinas. Si factores externos e internos a la iglesia primitiva confluieron en el s. II, de manera que fue desapareciendo paulatinamente el liderazgo comunitario femenino, también factores externos e internos al cristianismo contribuyeron en el s. I a su auge. Entre ellos, destacan el hecho de que las primeras comunidades cristianas se articularon y organizaron en torno a la casa (oikos), espacio propiamente femenino. Ya que en la sociedad civil el ámbito público estaba limitado a los varones.

Las primeras comunidades cristianas surgen como "iglesias domésticas" estructuradas en torno a una casa (domus) que algunos creyentes ponen a disposición de los misioneros y de la comunidad local (Romanos 16, 2,5; 1 Corintios 16,19). Los escritos del Nuevo Testamento registran cómo mujeres ricas, nobles o con cierto reconocimiento, son las principales benefactoras de algunas comunidades. Así Tabita de Jafa (Hechos 9, 36.42), María, la madre de Juan Marcos (Hechos 12, 12-17), Lidia (Hechos 16,14-15.40), Dámaris de Atenas (Hechos 17,34) o mujeres distinguidas de Tesalónica y Berea (Hechos 17, 4-12), Priscila y su esposo

Áquila (Hechos 18,2-3) en Éfeso (1 Corintios 16,19) y en Roma (Romanos 16, 5), y Febe en Céncreas (Romanos 16,1-2) quien, además de recibir el título de «hermana» y «diácono», se la denomina «bienhechora» (prostátis).

Esta especie de matronazgo no se relega a contribuir simplemente con sus bienes, hospitalidad o influencia social, sino que es fácil que ellas ejercieran de anfitrionas y tuvieran un cierto grado de presidencia en las reuniones, tal como Pablo reclama para la familia de Estéfanos por «haberse puesto al servicio de los santos» (1 Corintios 16,15-18). Es más, su estatus social probablemente conllevaba un grado mayor de cultura que el de la media

y, por eso, pudieron ejercer la docencia dentro de estas comunidades. La disposición a que guarden silencio en las asambleas viene a corroborar esta práctica (2 Timoteo 2, 9-15). Autores paganos como Celso, arguye contra el cristianismo haber transgredido el orden público, precisamente, por convertir la «habitación de las mujeres» en un lugar de instrucción (Contra Celso III 50.55). La crítica de este y de otros autores paganos muestra que la hospitalidad de estas mujeres no se confina al ámbito privado, sino que están accediendo a esferas públicas que no son propias de su condición femenina.

La fundación de la primera comunidad en Europa fue en Filipos y, precisamente, Hechos de los Apóstoles asocia su origen a la conversión de una mujer. Así pues, cuando llegan allí Pablo y Silas, Lidia una vendedora de púrpura de Tiatira, y toda su casa se hacen bautizar (Hechos de los Apóstoles 16, 11-15). Tras la liberación de la cárcel, el texto indica que Pablo y Silas vuelven a su casa (Hechos de los Apóstoles 16, 40). Probablemente se trata de una mujer pudiente con cierto grado de autonomía y autoridad, de lo que es indicio el dato de que «toda su casa» se convirtiera. Por este motivo, no sorprende en la epístola de Filipenses la mención al final de Evodia y Síntique entre los miembros singularizados. Es más, dado que sus nombres son de proveniencia griega, algunos estudiosos consideran que alguna de ellas pudiera ser Lidia, o bien, el misterioso Sícigo, que junto al adjetivo significa «verdadero compañero». No obstante, estas afirmaciones no están probadas y no dejan de ser conjeturas.

La exhortación que se les dirige («ruego a Evodia y a Síntique, tengan un mismo sentir en el Señor») y el recuerdo que se trae a colación («ya que lucharon por el evangelio a mi lado») recalifica nuevamente a estas dos féminas que, entran bajo el título de "colaboradoras". Para expresar el duro trabajo realizado con Pablo, se

emplea un verbo único en el epistolario paulino y en el Nuevo Testamento, ya que solo se encuentra aquí y en Filipenses 1, 27 como exhortación. Se trata de "luchar juntos" (synathleô). El término corriente para indicar "fatigarse" o "empeñarse duramente" es otro (kopiaô). Y este es el que se aplica tanto a hombres como a mujeres que trabajan denodadamente por el evangelio. Por eso, define en ocasiones los desvelos de Pablo y también los de aquellos que ayudan y trabajan en favor de la comunidad (1 Corintios 16, 16; 1 Tesalonicenses 5,12). En la carta a los Romanos se califica así la labor de María, de Trifena y de Trifosa y de Pérside (Romanos 16, 6.12).

Sin embargo, el verbo empleado en Filipenses para describir la acción de Evodia y Síntique pertenece al campo del atletismo (synathleô). Aunque en esencia tiene el mismo sentido que el anterior, se subraya el hecho de que ellas han trabajado duro como atletas junto con Pablo por el Evangelio. Esto remite al agradecimiento inicial de la carta: y es justo que yo sienta así por vosotros pues os llevo en mi corazón, participes como sois todos de mi gracia, tanto en mis cadenas como en la defensa y consolidación del Evangelio (Filipenses 1,7). De esas cadenas sufridas en Filipos da habida cuenta el libro de Hechos (Hechos de los Apóstoles 16, 16-38), como también Pablo mismo evoca en otras epístolas los ultrajes en Filipo (1 Tesalonicenses 2, 2) y las tribulaciones y peligros en lo que se hallan los cristianos de Macedonia (2 Corintios 7, 5; 8,2). Por tanto, ese "luchar con" tiene un horizonte misionero y evoca un sufrimiento conjunto que, como en otros lugares, puede conllevar arriesgar la vida. Así por ejemplo, se dice que Priscila y Aquila arriesgaron sus cabezas por salvar a Pablo (Romanos 16, 4) y de Andrónico y Junias se indica que fueron compañeros de prisión (Romanos 16,7).

Si la acción de "luchar junto" a Pablo por el Evangelio es una acción ad extra, la exhortación que se dirige a Evodia y Síntique incide en un comportamiento ad intra en "tener un mismo sentir" en el Señor. Este verbo (phroneô) constituye una especie de leimotiv en la carta y su comparecencia aquí pondría de manifiesto la existencia de una cierta rivalidad entre sendas mujeres. De hecho, aunque el tono de la epístola a los Filipenses es bastante familiar y cordial, lo único que se reprocha a los filipenses en forma de exhortación es esa búsqueda de "un mismo sentir" (phroneô) en Cristo que implica no actuar por vanagloria sino con humildad (Filipenses 2, 1-5) y al estilo de un Jesús que no retuvo ávidamente su condición de Dios (Filipenses 2, 6-11).

Aunque resulta imposible esclarecer el motivo de esta exhortación a Evodia y a Síntique, se puede inducir que este ruego paulino se debe a que ellas son dos personajes singulares y significativos dentro de la comunidad y, por tanto, su ejemplo puede resultar decisivo en la construcción de la misma. Ellas que han luchado con Pablo por el Evangelio deben ahora remar en la misma dirección y contribuir con su vida a conseguir en la comunidad de Filipos la unidad de corazones, "un mismo sentir" en Cristo.



La autora

Marta García Fernández es una religiosa de la Congregación de las Hermanas de Nuestra Señora de la Consolación. Después de una licenciatura en ciencias bíblicas en el Pontificio Instituto Bíblico (2004) y un doctorado en teología en la Universidad Pontificia Gregoriana (2008), en 2009 empezó a enseñar en la facultad de teología de la Universidad Pontificia de Comillas (Madrid). Su publicación principal es: *Consolad, consolad a mi pueblo. El tema de la consolación en Deuterioisaiás* (Analecta Biblica 181, Roma 2010).



FORMACIÓN DE EXCELENCIA A TU MEDIDA

UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA | Campus en Salamanca y Madrid



DESCÁRGATE
LA APP
DE LA UPSA

 @upsa

 @upsa.es

www.upsa.es

DOBLES GRADOS

- ✓ Ingeniería Informática + ADET
- ✓ Periodismo + Comunicación Audiovisual
- ✓ Publicidad y RR.PP. + Marketing y Comunicación

GRADOS: Administración y Dirección de Empresas
Tecnológicas / CC. de la Actividad Física y del Deporte /
Comunicación Audiovisual / Enfermería / Fisioterapia /
Ingeniería Informática / Logopedia / Maestro en
Educ. Infantil / Maestro en Educ. Primaria / Mk y Comunic./
Periodismo / Psicología / Publicidad y RR.PP.

LICENCIATURAS: Derecho Canónico / Filosofía / Teología

